



Crónica Literaria 696803

El Pensamiento de don Valentín Letelier, por Roberto Muniaga Aguirre. — (Editorial Jurídica de Chile)

Hace largos, largos años, más de medio siglo, estuvo de visita en Chile don Vicente Blasco Ibañer y dio varias conferencias sobre literatura en el Teatro Santiago. Recordemos una, fascinante, sobre Balzac. Podría Blasco en alto grado la magia de la palabra directa, colorida, que llega a todo el mundo. Las opiniones sobre su mérito intrínseco variaron mucho. El orador dudaba de ser un especialista y sus conceptos carecían de novedad, pero sabía seducir a su auditorio con su elocuencia que había sido la palanca de su acción revolucionaria, avanzadísima entonces. Dos veces simultáneas se abrieron en la prensa para entonces su alabanza, dos damas de nuestra sociedad que sobrecuallos, también escandalizaban un poco, en el campo literario, donde pocas mujeres se atrevían sin estudio. Iris y Shade. Ambas colaboraron en celebrar la fina y nerviosa belleza de sus manos. Como homenaje oficial, el célebre novelista fue invitado a una comida de cortesía por don Valentín Letelier, Rector de la Universidad de Chile. La opinión de Blasco sobre el eminente tratadista corrió acusada en una irrespetuosa fórmula:

—Un melón transcendental.

El escritor valenciano era simpático y gustaba de las imágenes pictóricas.

Desde un ángulo distante, tan opuesto al cuyo como diverso del público, señoras a que dudamos, los pensadores de la escuela liberal veían en Letelier al enemigo máximo, al hombre que abría en el pasado político la brecha más honda y peligrosa a las corrientes etnoscandálicas que era preciso combatir.

Las herramientas de su pensamiento pedagógico, servidas por una erudición imponente y la autoridad de su preparación filosófica alemana, partieron la masa del viejo Partido de Mar Iver, los Matia y los Gallo, orientado hacia la libertad, desviándolo hacia las doctrinas socialistas que concluyeron por dominarlo.

El señor Muniaga podría decir hasta dónde ha llegado ese viaje y las consecuencias que ha tenido en la política chilena, como asimismo la responsabilidad que en ellas cabe al señor Letelier, quien ciertamente estuvo lejos de pobreza, menos de saber y, en algún modo, representó lo contrario de lo que se propone.

Pero el estudio del señor Muniaga no va por esos lados: su admiración por el antiguo Rector de la Universidad tiende, sobre todo, a poner de relieve la actualidad de algunas de sus ideas matrices y el pasmoso desconocimiento de ellas que manifiestan las nuevas generaciones, más repudiando con frecuencia sus fórmulas.

El educador y filósofo positivista, discípulo de Lasalle, que a su turno lo fue de Auguste Comte, al luchar contra los viejos dogmas se vio conducido sin querer como el propio maestro, a crear nuevos dogmas, por efímera de tipo religioso, aunque de signo contrario.

¿A qué se debe el olvido o la ignorancia que ha recubierto el nombre del pensador chileno en materia educacional?

El señor Muniaga se lo explica.

—Contribuye —dice, pág. 48— a desorientar a muchas, con la sensación de que se pitea en un dominio desconocido, la nueva terminología utilizada: varios de sus problemas se reformulan, por una parte, bajo el enunciado de una "universidad comprometida y, por otro, con la expresión germana de "kritische universitat". Ello le da al viejo tema un aire nuevo, internacional y aiente, con un regusto utópico y beligerante, lo que es grato al paladar de los "melón".

"Hace tiempo Ortega y Gasset nos ponía en guardia contra el uso y abuso del término "engagement" —compromiso— que comenzaba a generalizarse en algunas círculos intelectuales; "Terminame Jean Paul Sartre, a quién admiro, censie, porque, digase lo que se quiera, tiene un gran talento, permítame decirle que las cosas que dice haberse

ahora —es decir, sea meses, porque le hemos visto variar con frecuencia—, "engagé" son insustentables, los más agudizados tópicos que andan hoy por la calle".

Por desgracia, llevar las entradas rodadas de gaseos nuevos ha impedido a las ideas abrirse camino en la masa ni aun conquistar el apasionamiento de la juventud.

El ojo penetrante de Ortega ve a la hora presente. Nada más contrario al filosofar que el compromiso previo de la inteligencia. Equivale a quitarle su gran privilegio y el instrumento con que explora el porvenir. Al filosofar, el hombre no se compromete a nada, sino a descubrir la verdad. ¿Y cómo podrá descubrirla si acaso se compromete desde la partida?

He ahí el problema, la piedra de toque, el signo de escándalo: la instantánea cuestión de la libertad. Hay que salir en busca de algo que no se sabe lo que es. ¿Cómo reconocerlo? ¿Qué caminos tomar? ¿Qué armas permitirle a los exploradores y cómo asegurarles sus condiciones de trabajo?

Otorgamos nuevamente a Ortega.

Para el pág. 49 "la obligación básica del filósofo es hacerse cargo de la dubitabilidad esencial constituyente de todo lo humano". En el principio no fue el verbo sino la duda. Sin la duda, no hay observación, no hay investigación, no hay pensamiento. Ahí, en la incertidumbre, tiene su morada la ciencia. Sin ella, tampoco hay libertad. Quien posee la llave de la sabiduría no puede, en conciencia, permitir que otros se acerquen a la cerradura: la llave que lleva es una llave falsa. Sólo el que duda lo admite. ¿Quién sabe? Pero los dogmáticos no se dirigen nunca esa interrogación: se oponen a ello su soberbia.

Y aquí tenemos uno de los factores humanos fundamentales de la libertad, la virtud moral por excelencia: la humildad.

Tal como, según las moralistas, todo pecado, en el fondo, es un acto de soberbia, de rebelión contra una ley leí: "non servium" antinico, todo acto de virtud es un acto de sumisión a una ley, es inclinarse el individuo ante un principio superior, de tal modo que no se concibe una despotía mediana y carece de sentido lingüístico la expresión de un "poderío soberbio y infernal". Son parejas que el sentido del idioma rechaza.

...por tanto, continúa Ortega, el "engagement" es la contradicción más radical que cabe de la esencia misma de la teoría que es la revocabilidad permanente sin duda metodológica. Y realmente dicha condición define el nivel propio al ser humano, que es animal hipotético, que vive de hipótesis, como Platón enseñó para siempre. Cuando deja de serlo o no lo logra, empiezan automáticamente a funcionar la estupidez y la brutalidad, que son sus más precoces inclinaciones.

En el Ensayo de nuestros rectores, don Valentín Letelier figura como el que lanzó a los universitarios a la acción, y lo hizo, sin duda, animado de los más nobles propósitos y de una confianza plena en elevación intelectual del estudiante. Sólo que nunca sabe el aprendiz de brujo el camino que van a tomar los elementos desahitados. Y es de prever que el gran Rector, el filósofo de la pedagogía, no se sentiría satisfecho si le tocara, no digamos penetrar en el recinto actual del Instituto Pedagógico, pero siquiera cruzar sus aledaños, ver las consignas que pueblan las paredes y sentir el viento de poderdumbre con que infesta hasta lejos ese barrio.

La "cultura refleja" de que habla el señor Muniaga, el influjo del ambiente que la Universidad debía recibir y propagar mediante la acción de los dogmas impuestos desde las cátedras universitarias, se ha convertido en una escuela de incultura y regreso al salvajismo, no sólo práctica, sino teóricamente, como una afirmación absoluta y una proposición fática, arrellanada.

Todo esto por el abandono del principio de la libertad, único que asegura el progreso de la ciencia y la posibilidad de una convivencia civilizada, capaz de equilibrar en una síntesis los contrarios.

El pensamiento de don Valentín Letelier. [artículo]

FECHA DE PUBLICACIÓN

1971

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El pensamiento de don Valentín Letelier. [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile